y de las artes, diestro en guiar el cuadríyugo y en manejar el arco, es representado como el más hermoso de los dioses, como el prototipo de la gracia juvenil en su primavera, gracia sin molicie, ántes bien acompañada de vigor y fuerza. Áun en su primitiva rudeza el arte arcaico puso este carácter de relieve. Dejando aparte los ídolos de palo ó de piedra que apénas tenían forma humana, y tambien el famoso Apolo de Amiclea, mero esbozo en cobre al que se habían adaptado la cabeza armada con el yelmo, los piés y las manos, los bronces que en crecido número existen en distintos museos acreditan aquel tipo de Apolo en el primer periodo del arte helénico, tipo que fijó definitivamente y embelleció la nueva escuela ática, cuyos maestros como Scopas y Praxiteles, representaron al dios con los diferentes caractéres y funciones que su leyenda le atribuye. Vémosle casi siempre desnudo é imberbe; en Tesalónica se coronaba á sí mismo como vencedor de Marsyas; en Delos tenía el arco en una mano y en la otra las tres Gracias, cada una con un instrumento musical. Apoyado en un árbol ó en una peña, en reposada actitud, sostiene á veces la lira, á veces tiene junto á sí el arco entónces inútil, miéntras que el brazo derecho descansa con negligencia en la cabeza. Como dios de la medicina pintáronle rodeado de nubes, con una serpiente á los piés. En muchas estatuas la cabellera está graciosamente recogida; en otras es larga y flotante. Este no obstante, este patron ó dechado general era susceptible de muchas modificaciones; así se inclinaba á la atlética agilidad de Mercurio como á la blanda corpulencia de Baco, y ocasiones hubo en que lo delicado de las formas fué llevado hasta afeminar por completo al hijo de Latona.

CAPÍTULO VI.

EL SOL Y LA AURORA.

HELIOS. — Su curso. — Los Etiopios. — Cortejo de Helios. — Los signos del Zodíaco. — El Coloso de Rodas. — Ofrendas á Helios. — Rebaños del sol. — Helios, grande é inevitable testigo de las acciones humanas. — Sacerdotes de Heliópolis. — Leyenda de Faeton. — Las Heliades. — Cycno convertido en cisne. — Culto del dios Sol en Roma. — Los Misterios. — Misterios de Mithra. — *Tauroboles* y *krioboles*. — El dios Elagabal. — El emperador Heliogábalo. — Reproduccion de los sacrificios humanos. — Enlace del dios Elagabal con la diosa de Cartago. — Locuras y abominaciones de aquella época. — Desastrosa muerte de Heliogábalo. — El emperador Aureliano eleva un nuevo templo al dios Elagabal. — Dioclecíano y Juliano adoradores del Sol.

EOS ó la AURORA. — Eos y Titon. — Memnon. — Su muerte. — Céfalo y Procris.

HELIOS, el Sol, fué en los más antiguos monumentos una divinidad distinta de Apolo, con el cual se le confundió en épocas posteriores. Hijo del Titan Hiperion, sale cada mañana por oriente del profundo seno del rio Oceano, sube lentamente por la sólida bóveda del cielo, á cuyo punto culminante llega á mediodía; y de allí baja hacia el occidente de la tierra para hundirse otra vez en el gran rio Oceano. Así describe Homero el curso de Helios, pero no dice el poeta, ni tampoco Hesiodo, cómo pasaba el dios del oceano occidental al oceano de oriente. Los poetas posteriores se encargaron de explicar el viaje nocturno de Helios; acuéstase segun unos en lecho de oro; entra, dicen otros, en suntuosa barca, obra de Vulcano, y en el lecho ó en la barca es llevado rápidamente durante su sueño, siguiendo el rio Oceano que rodea la tierra, del país de las Hespérides á la tierra de Etiopia, encontrándose cada mañana en el mismo punto de donde partiera la víspera. Como sigue constantemente igual camino, queda el disco de la tierra siempre iluminado por un lado (el que mira al ecuador), al paso que el otro (el que mira al polo) permanece de contínuo en tinieblas; por esto tiene el rio Oceano unas márgenes llamadas Riberas del Dia, y otras Riberas de la Noche. Los Etiopios, quemados por el sol, son, entre los hombres, los séres que de más cerca contemplan la gloria del dios; bañados siempre, segun Homero, en su pura luz, son como los Hiperbóreos en la leyenda de Apolo hombres buenos y piadosos, á quienes Helios y los inmortales aman, agradecidos á las perpétuas hecatombes que les sacrifican.

De aquellas felices regiones parte el dios para verificar su brillante aparicion á los ojos de los humanos y de los inmortales. Las Horas despues de uncir á su dorado carro, construido por Vulcano, cuatro alados y blancos corceles que despiden luz y llamas, le abren las puertas del Cielo, y ellas con los Dias, los Meses, los Años y los Siglos forman su ordinario cortejo. De pié en su carro, animando á su cuádriga, aparece el infatigable dios en su radiante majestad, lanzando ardientes miradas bajo su yelmo de oro y proyectando á lo léjos in-

mensas ráfagas de luz, miéntras su diáfano y magnífico ropaje flota al impulso de la brisa matutina. Así, precedida de la Aurora que vá alfombrando de rosas el camino, recorre la deslumbrante comitiva los doce signos del Zodíaco ó palacios del Sol, en los doce meses del año. Es el primero ARIES ó el Carnero del vellocino de oro, segun unos; segun otros, el carnero que descubrió á Baco una fuente en los desiertos de Libia; en premio de este beneficio colocóle el dios entre los astros (abril). El segundo es TAURO, el toro cuya forma tomó Júpiter para robar á Europa, ó bien la becerra en que fué Io convertida por Juno (mayo). En GÉMINIS, el tercero, residen Castor y Polux (junio). El cuarto es el CÁNCER que Juno envió contra Hércules al luchar éste con la Idra de Lerna (julio). Es el quinto el LEON de Nemea (agosto). El sexto, VIRGO, es segun unos Témis, segun otros Astrea (setiembre). LIBRA, el séptimo, represéntalo la balanza de Astrea (octubre). Para celebrar la equidad de Augusto, prométele Virgilio este signo por celeste residencia. El octavo fórmalo el ESCORPION que por mandato de Diana mordió en el talon á Orion (noviembre); llamáronle los poetas *Formidolores*, teniendo por funesto el nacer bajo su influjo. SAGITARIO, el noveno signo, es para unos Chiron el Centauro, para otros Croco, hijo de

FIG. 96.—El Sol. (Estatua antigua.)

Eufemio, quien morador del Parnaso y teniendo por única ocupacion la caza, rogó á las Musas que á su muerte le colocaran entre los astros (diciembre). CAPRICORNIO, el décimo, es la cabra Amaltea, nodriza de Júpiter (enero). El undécimo, ACUARIO, es Ganimedes (febrero), y el duodécimo, PISCIS, representa los peces en cuyo lomo Vénus y el Amor escaparon atravesando el Éufrates de la persecucion del gigante Tifeo (marzo).

A estas doce constelaciones acompañan por su órden: la paloma de Vénus, la trípode de Apolo, la tortuga de Mercurio, el águila de Júpiter, la cesta de Céres rodeada de la serpiente, el gorro de Vulcano, la loba de Marte, el perro de Diana, la lámpara de Vesta con la cabeza de asno, el pavo real de Juno, los delfines de Neptuno, y el buho ó mochuelo de Minerva. Suponíase que cada una de las doce divinidades mayores residía más especialmente en la constelacion que llevaba sus atributos.

Cuando, caidos los Titanes, dividieron entre sí el mundo los dioses olímpicos, el sol, por estar ausente, quedó olvidado; y á sus quejas la isla de Rodas fué sacada del mar expresamente para serle consagrada. Allí, en efecto, se le tributaba pomposo y solemne culto, y allí la antigüedad admiró la estatua colosal del dios, teniéndola por una de las siete maravillas del mundo. Era de

bronce, y dice una tradicion tenida por errónea que por entre sus piernas colocadas en las dos moles que formaban la entrada del puerto, pasaban las naves á toda vela. Un terremoto la derribó al suelo, y cuéntase que al hacerse los Sarracenos dueños de la isla á mediados del siglo VII, vendieron el caido coloso á un judío, quien lo hizo pedazos, y con ellos hubo carga para novecientos camellos. Pocos eran los hombres bastante corpulentos para abrazar su dedo pulgar; sus demas dedos eran como las estatuas comunes. En su interior tenía una escalera y desde el observatorio, formado en lo interior de la cabeza, divisábanse las costas de Siria. La fiesta que en honor de Helios se celebraba en la isla á mitad del verano cuando tienen toda su fuerza los rayos del sol, iba acompañada de carreras de carros, de escenas gímnicas y luchas musicales, al igual que las Panatenéas. Los vencedores recibían coronas tejidas con hojas de álamo blanco, que por su brillo estaban al dios consagradas. La principal ofrenda consistía en precipitar al mar una cuádriga, é igualmente le eran sacrificados caballos en la cima del Taigete, en la acrópolis de Corinto, y en otras elevadas cumbres que se creía ser las primeramente rozadas por las esplendentes ruedas de su carro.

Símbolo eran tambien del culto de Helios los rebaños que le estaban consagrados, y eran mantenidos en el recinto de su santuario, en el cabo Tanaro y en Apolonia. Data esta tradicion de la más remota antigüedad, y Homero en la Odisea habla ya de los rebaños del sol; en la isla de Trinacia pacen los bueyes y las ovejas de Helios; «siete son los hatos de bueyes y otros tantos los de ovejas de rico vellon; cincuenta cabezas cuenta cada uno, sin que jamas aumenten ni disminuyan,» con cuyo invariable número quísose quizas significar los trescientos y cincuenta dias, y las trescientas y cincuenta noches del año primitivo. La sucesion de los dias ó soles fué comparada á cabezas de ganado que avanzan uno á uno por los celestes prados bajo la guarda de dos ninfas, hijas de Helios, llamadas Faetusa y Lampecia (brillante, esplendente), nombres tan expresivos como el de la isla de Eritia (rojiza), donde fábulas posteriores colocaron los pastos de aquellos rebaños.

En las tradiciones griegas, en estos, como en otros muchos puntos, semejantes á las de otros pueblos, era el Sol ojo inmenso siempre abierto sobre la tierra, «ojo del cielo, ojo del éter,» segun expresiones de Aristófanes; á él atribuye Píndaro la paternidad de los ojos mortales, y decía que á Helios debían los hombres la vista ó la ceguera. Él es, en Homero, el celoso vigilante de los inmortales y de los humanos; él lo ve todo, y nada escapa á su escrutadora mirada; por él supo Vulcano la culpa de su esposa, y Céres el nombre del raptor de su hija. Ideas morales agregábanse á estas imágenes materiales: como Helios era el grande é inevitable testigo de las acciones humanas, invocábasele despues de Zeus en las fórmulas de juramento; como su mirada es más que todas penetrante, como ilumina y desvanece las tinieblas, teníasele por principio de la sabiduría y de los conocimientos humanos. Sus sacerdotes de Heliópolis, en Egipto, eran los más sabios de la antigüedad, y su ciencia profunda y extensa dejó confuso y admirado á Platon.

Al influjo bienhechor del Sol, cuya imágen era Helios, opónese su maléfica fuerza, la cual se personificaba en Faeton. En la época de la *Ilíada* era todavía este nombre un mero epiteto del Sol; pero tiempo despues túvose por distinta persona, y se le consideró hijo suyo, nacido de la oceánide Climene, reina de los Etiopios. Refería de él la fábula que, criándose en compañía de Epafo, el hijo de Júpiter y de la ninfa Io, había éste puesto en duda, como para ultrajarle, su calidad de hijo del Sol; desconsolado el mancebo contó el agravio á su madre, por cuyo consejo tomó la resolucion de presentarse al autor de sus dias, y atravesando la India y la Etiopía llegó á las regiones que iluminaba Helios con sus destellos primeros.

«Alzábase el alcázar del Sol sobre elevadas columnas: oro bruñido formaba sus paredes; llamas de mil colores brotaban de la pedrería en ellas incrustada. De marfil era su remate, y sus dobles puertas de plata brillaban cual ascuas. El arte era en él más precioso aún que la materia, ya que por el cincel de Vulcano habían sido representados la tierra, el Oceano que la rodea y la inmensa bóveda del cielo, los dioses del mar, el armonioso Triton, el mudable Proteo, Doris y sus hijas, hombres, ciudades, selvas, fieras, rios, ninfas y todas las divinidades campestres. En la parte superior veíase la brillante esfera celeste con seis constelaciones á la derecha y otras tantas á la izquierda.

«Ya sube el hijo de Climene el sendero que guia al palacio... Cubierto de purpúreo manto sentábase Helios en un trono resplandeciente de esmeraldas, teniendo á ámbos lados los Dias, los Meses, los Años, los Siglos y las Horas separadas entre sí por intervalos iguales; allí estaban la Primavera coronada de lozanas flores; el Estío desnudo y con guirnaldas de espigas; el Otoño teñido con el zumo de las uvas que ha estrujado, y el glacial Invierno cubierto de canas. En medio de tanta maravilla el jóven Faeton no acierta á darse cuenta de la novedad del espectáculo.—¿Cuál motivo te conduce á estos sitios? pregúntale Helios; ¿qué buscas en ellos, Faeton, hijo mio?—Antorcha del mundo, ¡oh Febo! le contesta el mozo; si me permitís daros el nombre de padre, si sois, cual asegura Climene, el autor de mi vida, acreditad con prueba infalible que soy yo hijo vuestro.

«Helios, despues de despojarse de los rayos que brillan al rededor de su cabeza, le estrechó entre sus brazos, y le dijo:—Climene no te ha engañado; hijo mio eres, y para que no lo dudes, pídeme la prenda de cariño que mejor te plazca. El rio por el cual juran los dioses y que mis ojos no verán jamas, sea testigo de que prometo otorgarla.—Faeton entónces expresa su deseo que

no era otro que guiar un solo dia el carro del sol y sus rápidos corceles.

«Arrepiéntese su padre de lo prometido, y moviendo pensativo la esplendente cabeza, dijo:—Lo que pides ha convertido mi juramento en temerario. De serme dable retirarlo, confieso, hijo mio, que eso sería lo único que podría rehusarte. Pero piénsalo bien: tu propósito es muy peligroso, Faeton; la tarea á que aspiras muy árdua, y siendo tu destino de hombre, tu ambicion es de un dios. Sin saberlo, quieres arrogarte una prerogativa que ni los inmortales mismos poseen. En buen hora que se sientan envanecidos con su poderío y grandeza; nadie sino yo puede guiar mi carro de fuego. Ni el señor del Olimpo, cuya potente mano lanza el rayo, acertaría á dirigirle, y sin embargo, ¿quién es mayor que Júpiter? Al comienzo del viaje es la cuesta escarpada y fragosa, y apénas si por la mañana, rehechos con el reposo, pueden mis corceles subirla; una vez en la mitad del cielo es inmensa su altura, y varias veces ni yo mismo, sobrecogido de terror, me atrevo á fijar la vista en la tierra y en los mares. Por la tarde la bajada es rápida y exije gran firmeza en la mano; Tetis que me recibe cada noche en sus ondas, no vuelve de su terror, pensando que alguna vez habré de despeñarme por el cielo abajo.

«Ademas, sometido éste á revolucion constante que mueve y hace rodar á los astros en rápidas vueltas, verifico en sentido contrario mi subida, resistiendo al empuje que arrastra consigo á todos los cuerpos celestes, y mi carro avanza en opuesto camino. Si llego á confiártelo ¿podrás contrarestar el impetuoso movimiento de los polos y del eje de los cielos? Si tu fantasía cree hallar en el camino vergeles, ciudades, templos ricos en ofrendas, te engañas, hijo mio; en vez de esto, sólo escollos y fieros monstruos te saldrán al paso, y aunque no desviaras del recto camino habrías de evitar los cuernos del toro que siempre mira á Oriente, el arco del Centauro, las amenazadoras fauces del Leon, el Escorpion y el Cáncer peligrosos. Por otra parte, enardecidos mis corceles por el encendido vapor que de su pecho exhalan, muéstranse duros al freno, y apénas sufren que yo los dirija.

«Tan prudentes consejos no lograron quebrantar la resolucion del mozo, y el dios, vacilante y acongojado, llevóle al fin junto al magnífico carro, obra de Vulcano. De pronto, píntase el Oriente de grana al abrir la vigilante Aurora las puertas de su palacio de rosas; huyen las estrellas, y Lucifer, despues de reunirlas en vistoso enjambre, es el último en desaparecer de la celeste bóveda...

«Dispuesto el carro, los caballos del Sol Piroeis, Eo, Ethon y Flegon, llenan con sus relinchos el aire é impacientes piafan. Faeton, sobre cuya frente vierte el dios divina esencia para que pueda soportar el contacto del fuego, lánzase al carro con el ardor de los pocos años; empuña las riendas, franquean las Horas las barreras, y parten los caballos por la inmensidad de los cielos. Sus cascos hienden las nubes, y llevados por sus alas dejan atrás los vientos, que con ellos salieran de la region de Oriente; mas en breve conocen no ser guiados por la experta mano de su dueño, y descompuestos abandonan el camino trillado, y entran por extraviados senderos. Palidece el mozo, y no sabe á que lado volver la incierta rienda; tiemblan sus rodillas; en medio de un oceano de luz, ofuscan sus ojos negras sombras. Arrepentido de su audacia, sin saber qué partido tomar, el espanto le deja inmóvil; los portentos que por todos lados le rodean en la region del cielo le hielan de pavor, y cuando mira cerca de sí á Escorpion con su retorcida cola destilando negra ponzoña, no puede más y suelta las riendas. Desde entónces, libres de todo freno, los caballos se precipitan por espacios desconocidos, van á donde su ardor los empuja, y así suben á los astros diseminados por los espacios, como descienden hasta los abismos. Abrasadas las nubes se deshacen en vapor; devora el fuego las más altas cumbres, la tierra se agrieta, su superficie se seca, calcínanse los pastos, los árboles se inflaman, y los campos de sazonadas espigas proporcionan el alimento de su ruína al fuego que las consume.

«Muros, ciudades, pueblos, selvas, montañas, todo perece, todo se convierte en pavesas, todo despide llamas. Devora el incendio el Athos, el Tauro, el Ida, si árido hoy hasta entónces famoso por sus fecundas fuentes, y el Helicon, residencia de las castas Musas. Los fuegos del cielo aumentan sin medida el fuego del Etna... invaden las llamas el Cáucaso, el Pindo y el Olimpo, los Alpes y los Apeninos cuya cima se confunde con las nubes.

«Entónces, atraida la sangre á la superficie del cuerpo, dió á los Etiopios el color del ébano; la Libia vió secarse sus claros manantiales; las ninfas, suelto el cabello, lloraron perdidos sus fuentes y sus lagos... El Éufrates, que riega á Babilonia, el Oronte y el Ganges se inflamaron; hirvió el Alfeo, y quedaron abrasadas las riberas del Esperchio. Fundieron las llamas el oro que arrastra el Tajo... Asustado el Nilo huyó á los confines del mundo y ocultó su orígen, que desde aquel tiempo ha permanecido ignorado. Las siete bocas del rio se transformaron en siete valles sin agua, é igual incendio consumió en Hesperia el Rhin, el Ródano, el Po y el Tiber destinado á tener bajo su ley el universo. En varias partes resquebrajóse la tierra y por profundas hendiduras penetró la claridad del dia hasta el Tártaro, espantando al tirano de las sombras y á su compañera. El mar estrechó sus límites, las playas que ántes cubría fueron áridas llanuras de arena; los montes, hasta aquel dia ocultos por las aguas, asomaron sus cumbres y aumentaron el número de las Cícladas; los peces se refugiaron á lo más hondo del abismo... Nereo, Doris y sus hijos se ocultaron en sus antros abrasados; tres veces Neptuno, con airado semblante, quiso sacar fuera del agua e

brazo amenazador, y tres veces hubo de retirarlo sin poder sufrir el contacto del aire.

«Soberano señor de los dioses, exclama la acongojada Tierra; si tal es tu voluntad, si he merecido el infortunio que sobre mí pesa, ¿por qué no fulminas contra mí tu rayo? Ya que sea mi destino perecer por fuego, sea el tuyo el que me mate, y me consolará el morir á los golpes de mi padre... Mira mis cabellos consumidos por las llamas; considera mis ojos cegados por abrasadas pavesas... Atlas vacila, apénas pueden sus hombros sostener el eje del mundo enrojecido por el fuego. Si los mares, la tierra y el alcázar de los cielos perecen, caerémos de nuevo en el antiguo Caos. Libra, señor, de los estragos del incendio lo que resta aún en pié, y vela por la salvacion del universo.—Dijo, y vencida por el calor ocultó la cabeza en su propio seno, en antros inmediatos al imperio de las sombras.

«El supremo árbitro del mundo toma por testigos á los dioses del cruel destino á que, de no prevenir el desastre, vá á sucumbir lo criado; dirígese á la más alta region del cielo, y no hallando nubes con que envolver á la tierra, ni torrentes para precipitar sobre ella, lanza el rayo contra el imprudente cochero, y con la vida le arrebata las riendas, extinguiendo con fuego los estragos del incendio. Poseidos de terror, emprenden los corceles opuestas direcciones y rompen el yugo; estréllase en mil pedazos el carro, y Faeton, encendida la cabellera, precipítase entre ígneo torbellino, dejando en

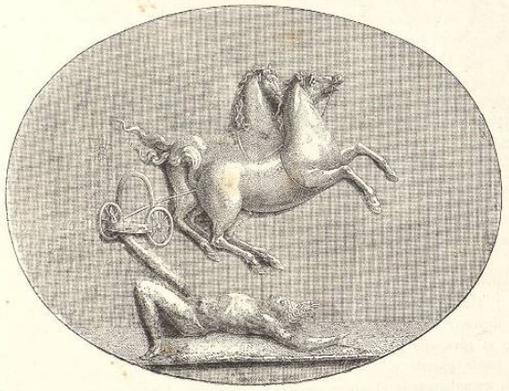

Fig. 97.—Caida de Faeton. (Piedra grabada antigua. Museo de Florencia).

los aires luminosa estela: así cae ó parece caer una estrella en medio de un cielo sin nubes. El majestuoso Eridan le recibe, léjos de su patria, en el opuesto hemisferio, y apagó con sus aguas su abrasado semblante.

«Las ninfas de la Hesperia dieron sepultura á su cuerpo calcinado. El afligido padre cubrió su frente con fúnebre velo, y dice la fama que un dia entero se pasó sin sol y con la sola claridad del incendio. Climene, despues de recorrer el universo buscando los inanimados restos de su hijo, hallólos sepultados en extranjera playa. Prosternada, baña con lágrimas el mármol que los cubre, y aplica á él con maternal ternura el descubierto seno. Sus tres hijas, las Heliades, con igual amor ofrecen á su hermano como dones funerarios sus sollozos y sus lágrimas. Cuatro meses habían estado allí sin dar tregua á la pena, cuando Faetusa, la mayor, al querer hincar la rodilla, quejóse de que sus piés no eran ya flexibles. La blanca Lampecia quiso correr en su auxilio, y sintióse de pronto encadenada á la tierra. Su hermana, al mesar sus cabellos, halló ser hojas lo que crecía en su cabeza, y al paso que una vió trocadas sus piernas en inmóvil tronco, los brazos de otra se alargaron cual flexibles ramas. A su alrededor formóse como un cinturon de corteza, y por grados les oprimió seno y espaldas.» (Ovidio.)

Convertidas en álamos de argentadas hojas, las lágrimas que continuaron vertiendo, destiladas en amarillentas perlas y endurecidas al sol, fueron el precioso ámbar que las Gracias recogen para adorno de Vénus. En las márgenes del Eridan fijaba la fábula el orígen mítico del ámbar, cuyo comercio en la antigüedad siguió en efecto las vías del Adriático para difundirse por la Grecia.

Cycno, rey de Liguria y amigo de Faeton, fué testigo de su horrible muerte, y traspasado de dolor en la ribera tendía los brazos al inanimado cadáver, suspirando por lanzarse hacia él y estrecharle por última vez contra su pecho. Y el cielo secunda los deseos de la amistad: cúbrese

Cycno de plumas cuya blancura anuncian la pureza de su alma, y majestuoso cisne nada hacia el cuerpo de su amigo; cúbrelo con sus grandes alas extendidas, y su

Fig. 98.—Faetusa. (Estatua de Teodon. Museo del Louvre).

dolor, ántes mudo, prorumpe en tierno y plañidero canto, cuyos melodiosos acentos repitieron y prolongaron los ecos.

«En tanto el Sol envuelto en negros celajes, aborrece la luz y el dia, y entregándose á transportes de dolor y cólera rehusa iluminar el mundo.—Guie otro el carro de la luz, dice; y si para ello se reconocen todos los dioses incapaces, puede guiarlo el mismo Júpiter. Entónces, cuando haya experimentado el ardor de mis fogosos corceles, conocerá que no merecía la muerte quien no alcanzó á dominarlos.—Al oir estas palabras agrúpanse á su alrededor todos los dioses rogándole que no dejase al universo entre tinieblas. Hasta Júpiter se justifica de haber fulminado el rayo; pero como soberano á los ruegos agrega el mandato. Helios reune los dispersos y aún asustados corceles; los castiga con el látigo y el aguijon, y otra vez los conduce por las celestes esferas.» (Ovidio).

El dios Sol fué adorado igualmente en Roma desde los tiempos primitivos; su santuario se elevaba junto al templo de Quirino, y en su portada trazó Lucio Papirio Cursor 293 años ántes de J. C. el primer reloj solar. Segun los calendarios de la época de Augusto celebrábase su fiesta el dia 9 de agosto, aniversario de la batalla de Farsalia; adorábasele con el nombre de Indiges, seguramente sinónimo de Index, pues en Roma, al igual de lo que sucedía en Grecia, creíase que el dios Sol estaba enterado de todos los misterios y descubría todas las perfidias, siendo opinion comun que á él fué debido el descubrimiento de la famosa conjura contra el emperador Neron.

Tambien en el Circo se le tributaba culto; su templo estaba situado en medio del estadio, siendo tenido en su calidad de infatigable conductor del luminoso carro como protector de aquellos juegos. El obelisco allí existente le estaba consagrado. A él estuvo igualmente dedicada la colosal estatua que en el vestíbulo de su Casa de Oro habíase erigido Neron á sí propio; cuando cayó el tirano y se quiso borrar hasta su odiado recuerdo, el coloso fué consagrado al dios Sol. A su guarda confiábanse muchas veces los sepulcros y monumentos públicos; en algunas inscripciones latinas se le invoca con el nombre de Sol eterno, y su imágen era símbolo de todo principio.

Pero en el siglo VII de Roma, al ocurrir la invasion de los cultos orientales, difundióse á favor de la guerra de los piratas por Italia y por el Occidente todo el culto de un nuevo dios Sol, de Mitra, divinidad muy popular en Persia, adquiriendo extraordinario crecimiento en la época imperial, especialmente entre las legiones. Los monumentos romanos represéntanle como un mancebo vestido á la usanza de Oriente; adversario y vencedor de las sombrías potestades de la noche, ofrécese generalmente en actitud guerrera ó traspasando con la espada á un toro, animal que parece ser símbolo de las desordenadas fuerzas de la naturaleza, como lo era del Sol el leon. Su lucha verificóse en una caverna, y en cavernas tambien se celebraba el culto de Mitra, probablemente para simbolizar la oscuridad de que sale el dios triunfante para regenerar el mundo. De ahí el nombre que tenía de dios de las cavernas y tambien la época de su fiesta, fijada en 25 de diciembre, época en que la luz ha vencido á las tinieblas. Famosa fué aquella fiesta entre las supersticiones paganas, y los misterios de Mitra llegaron á tener tanto favor como los célebres de Eleusis.

Fueron los misterios, por decirlo así, la parte devota del paganismo, segun cuyos ritos, lo mismo en Grecia que en Roma, la ciudad, el pueblo más que el hombre era el que adoraba, sacrificaba, merecía ó expiaba. Carácter de las ceremonias en comun era ser enteramente políticas, pues así entre los pueblos dóricos como entre las agrupaciones latinas, no pasaba el hombre de ser como ignorado miembro de un gran cuerpo. En el órden político no reconocía la patria en él ningun derecho absoluto; en el órden teológico absorbíale en su seno la naturaleza universal, ó una divinidad abstracta, cuando no material, le tenía como relegado al olvido. La familia, la tribu, el pueblo éranlo todo en la antigüedad: el sentimiento personal desaparecía por completo ante el sentimiento hereditario.

De modo es que la nocion de la vida futura, sola base y único cimiento de la moral por más que alborote criminal garrulería (conforme de ello fué buena prueba el abismo de abominaciones á que vino á parar la antigüedad pagana), no lo era de la religion de Grecia y Roma: es cierto que no la negaba doctrina alguna religiosa, ántes por el contrario, segun llevamos apuntado en varios pasajes de esta relacion, suponíanla diferentes atributos de la divinidad suprema y palpitaba, como no podía ménos, en toda la estructura de los sacrificios y ritos religiosos; pero al tiempo que esto era, aquella idea casi se perdía en las intrincadas y arbitrarias leyendas de la poética teología helénica, cuando no en las transmigraciones sin fin de la metempsícosis egipcia ó en el panteismo oriental, doctrinas ámbas que desde remotos siglos iban informando de cada vez más las doctrinas religiosas de Occidente. Y en esa vaguedad é incertidumbre del dogma religioso por un lado, y por otro en la imperiosa necesidad que siente el alma humana de mirar por encima y más allá de esta vida mortal enlazaba el hombre su existencia á la de sus antepasados, á la de sus descendientes, y ya que no pudiese prolongarla por entre una eternidad dudosa, alargábala por medio del sentimiento más íntimo de la herencia. La inmortalidad de la familia, de la tribu, de la patria, reemplazaba para él en cierto modo la inmortalidad del alma, y este, y no otro, fué el orígen de las virtudes, del patriotismo y de la gloria antiguas. Las virtudes cívicas transformadas en virtudes religiosas, tal era el carácter dominante del paganismo antiguo.

Pero el griego y el romano, que como hombres abrigaban temores, esperanzas y aflicciones personales; que para sí propios sentíanse necesitados de consuelo, de luz, de expiacion, no podian consentir sin excepcion en confundir su sér en la comunidad del pueblo, y esta excepcion constituíanla los misterios. En ellos, en efecto, tomaba parte el hombre, no el ciudadano; en ellos era lícito á Griegos y Romanos pensar en las satisfacciones de su alma más que en los intereses de la patria; en ellos, en fin, se emancipaban y quedaban libres del yugo de su existencia pública. La religion que allí se practicaba era para cada uno, no para todos en comun; las preces, los sagrados interrogatorios, las ceremonias, las purificaciones, que formaban la esencia de los misterios, se dirigían á cada hombre en particular. El agua de las abluciones no servía, como en el culto oficial, para rociar aquí y allí los muros y el suelo de la ciudad, sino para cada uno de los iniciados. Cada uno de éstos tambien, admitido por grados en el conocimiento de los misterios, tenía participacion en la ciencia y felicidad terrena que por aquel medio otorgaba el cielo, y participacion igualmente en los eliseos goces. Había, pues, en los misterios, de más formal y precisa manera que en el culto público, la idea de la vida futura; entreveíase allí como entre sombras la sublime nocion segun la cual está Dios en directa relacion con cada hombre de por sí en medio de la comunion de todos; eran los misterios, en fin, como imperfecto rudimento é indicacion simbólica del glorioso individualismo traido á la tierra por la fe verdadera, segun la que el alma de un solo hombre, esencia inmortal, está muy por encima de la familia, de la ciudad, de la nacion, de los intereses temporales, de la humanidad toda, cosas al fin terrestres y perecederas.

Los misterios, que como tendremos ocasion de ver, eran varios como eran varias las divinidades que en tal forma se evocaban, procedían todos al parecer de un comun orígen. En todos ó casi todos con nombres y formas diferentes hállanse el mito egipcio de la inmolacion de Osiris, de la dispersion de sus miembros, de los padecimientos de Isis y últimamente de su triunfo, confundiéndose en aquella fábula, diversamente referida, una cosmogonía especial, una explicacion de la primitiva naturaleza del hombre y del orígen del mal, problemas fundamentales de la humana existencia. En todos los misterios el ayuno, la continencia, los interrogatorios secretos, á veces la confesion de las faltas y la purificacion siempre, eran preparaciones para el postulante; en todos el místico harnero separaba al profano del iniciado, debiendo aquel corromperse en los lodazales de la Estigia y habitar éste los Elíseos Campos; en todos por gradaciones distintas, por entre formidables pruebas llegaba para el postulante el solemne instante de la manifestacion de la luz en que el sacerdote, descubriéndole los más altos puntos de la doctrina, hacía de él un *vidente*. Dias de alegría sucediendo á dias de luto eran, al parecer, circunstancia precisa en esta clase de ceremonias: Osiris recobrado, Adonis vuelto á la vida, Proserpina arrebatada á las potestades infernales eran festejados con gozosos himnos así como su pena había sido compartida y expresada con aullidos y sollozos; finalmente, todas ellas descubrían más ó ménos el impuro carácter del paganismo, ya que, ademas de un sentido cosmogónico y un sentido histórico, no faltaba á las fábulas su sentido obsceno. Aquellos misterios, para los cuales era la continencia preparacion necesaria, solían concluir en fiestas nocturnas con cantos y ritos impuros, siendo el objeto más oculto, pero tambien el más acatado y adorado, un signo de libertinaje.

Con grandes amenazas se prohibía á los iniciados descubrir la doctrina en los misterios revelada; pero en cuanto al dogma íntimo de los mismos, á la última palabra en ellos proferida, es probable que sucediese con ese secreto lo que con tantos otros, esto es, que sólo son importantes por la dificultad de penetrarlos. El poeta Eschylo, acusado de haberlo revelado, fué poco ménos que apedreado por el pueblo de Atenas, al paso que en los últimos siglos del paganismo, publicábase en libros y decíase en calles y plazas sin excitar en nadie admiracion ni sorpresa. Ademas aquella doctrina profunda debía de ser patrimonio de muy reducido número de personas; el vulgo de los iniciados, muy numeroso, ya que en Grecia llegó á incurrir en la nota de impío quien no se hacía iniciar en ellos, por lo ménos á la hora de la muerte, el vulgo, decimos, se limitaría en un principio á conocer la parte exterior del misterio, á poseer el símbolo sin llegar á la idea. Y cuando ésta se hizo pública, al conocerse su vaciedad y cuán inútil era para la satisfaccion de las necesidades del alma, sucedió con el secreto de los misterios

que al vulgarizarse se desvaneció; las tendencias panteísticas y cosmogónicas prevalecieron sobre lo espiritualista y humano; la parte sana y religiosa que daba aliento á la virtud y prometía la inmortalidad acabó por ser olvidada ó por no ser comprendida, y la abrumadora vaguedad del panteismo fué lo único que quedó en el fondo de los misterios; con ella las impuras ceremonias conservaron toda su fuerza y la adquirieron mayor, tanto que en la época de Ciceron misterios y abominacion habían llegado á ser expresiones sinónimas.

De aquellos era parte muy principal el sacrificio llamado *taurobolos* y *kriobolos,* nombres provenientes del toro y del carnero sacrificados. Inspirada por la general creencia en la virtud purificadora de la sangre, consistía tal ceremonia por cuyo medio se alcanzaba completa purificacion, en colocar al iniciado dentro de un hoyo cerrado con un harnero. Encima de éste poníase la víctima, y al clavarle el cuchillo en el pecho su sangre caía á chorro sobre el *penitente,* quien la recibía en todas las partes de su cuerpo; de muchos se dice que ansiosos la bebieron.

La historia de esa repugnante ceremonia no es aún bien conocida. En el Oriente helénico, probablemente en el Ásia Menor, tendría orígen, pero no llegó á Italia hasta siglos despues, ya que el más antiguo monumento á ella referente data de la época de Adriano y fué hallado en las inmediaciones de Nápoles. Créese que las Taurobolos se introdujeron en Roma en tiempo de los Antoninos y desde allí se propagaron á las Galias y á otros países de Occidente.

De los misterios que se celebraban en las cavernas de Mitra han llegado hasta nosotros, como de los demas, incompletas y confusas noticias. Créese que las pruebas preparatorias eran en número de ochenta, graduadas segun su dificultad. Los postulantes habían de atravesar el fuego, sufrir frio, hambre y sed, nadar, andar hasta caer extenuados, recibir azotes, etc. La iniciacion tenía igualmente diferentes grados, cuyos nombres es lo único que sabemos: era el primero el de los cuervos; otro el de los misteriosos, y otro el de los soldados, quienes recibían en la caverna una espada y una corona; venían luego los leones y leonas, pues tambien eran admitidas mujeres, los Persas, los celestes corredores, y era por fin el último y más elevado grado el que confería el nombre de Padre. A cada uno de estos distintos grados correspondía una especie de corporacion; los inferiores estaban sometidos á los superiores, y así se establecía entre los iniciados cierta jerarquía. Vencidas las pruebas á que el postulante era sujetado, y purificado por medio de la sangre de un toro en la forma ántes dicha, aparecía á sus ojos el dios Mitra radiante de luz en figura de apuesto doncel, y el sacerdote hacía á los iniciados superiores la explicacion del secreto dogma, consistente, al parecer, en la transmigracion de las almas por varios planetas hasta llegar al Sol, donde tenían su definitiva morada. Existen indicios de que con frecuencia se sacrificaron en estos misterios víctimas humanas áun en la época de Roma imperial.

La religion del dios Sol en otra forma y con invocacion distinta, caracterizó una de los reinados más singulares que sobre aquella pesaron, una de las épocas de mayor degradacion para la humanidad pagana; tanto que al leer los relatos de los autores contemporáneos, testigos oculares de lo que refieren, si por un lado el ánimo turbado se pregunta cómo fué posible tanta perversidad y locura, por otro, al adquirir la certeza de lo que numerosos monumentos acreditan, no puede ménos de afligirse al considerar los abismos de abyeccion é ignominia á que puede descender el hombre.

En Emeso, á unas cincuenta leguas de Antioquía, levantábase un templo al dios Sol, llamado en las lenguas orientales Alagabal ó Elagabal; era el dios una gran piedra de color negruzco, cónica, cubierta de imágenes simbólicas trazadas, á lo que se decía, por celeste mano, y semejante á otras muchas piedras en Oriente deificadas. La magnificencia del templo no tenía rival en aquellas regiones; el oro y la plata cubrían sus paredes, y decorábanlo soberbias esculturas. A él acudía gran muchedumbre procedente de cercanos y remotos pueblos, en especial de Siria; los reyes vecinos enviaban presentes al venerado santuario, y tambien los Romanos, ávidos constantemente de supersticiones extranjeras, visitaban el templo y participaban en los sacrificios dedicados al dios. Entre sus sacerdotes había un niño de catorce años, por nombre Vario Avito, cuya madre Sohemias había tenido por primo al emperador Caracalla; era Avito de rara belleza, y cuando, entre las misteriosas pompas de aquel bárbaro rito, revestido con la túnica sacerdotal de púrpura y oro, ceñida la frente con deslumbrante tiara cuajada de pedrería, guiaba solemnemente el coro alrededor del ara, á los sonidos de acordada música, los soldados romanos del campamento allí cerca establecido, quedaban poseídos de admiracion y le comparaban al divino Baco. Difundido el rumor de que el difunto Caracalla fué padre del bello sacerdote, ganada la soldadesca por su madre y sus allegados, Avito fué proclamado emperador con los nombres de César Marco Aurelio Antonino Augusto, y á poco vió á sus piés la cabeza de Macrino que ciñera ántes que él la imperial diadema (año 218 de J. C.).

Convertido el sacerdote del Sol en emperador romano no menguó, ántes tuvo gran crecimiento la devocion que profesaba al ídolo de su infancia, y por no separarse de él quiso llevarlo consigo á Roma. El dios Elagabal iba á ser colocado por encima de todos los dioses, como él, el emperador Elagabal ó Heliogábalo (pues le había tomado el nombre y con él es comunmente conocido) dominaba á todas las potestades del mundo romano. En efecto, si el reinado de Heliogábalo no fué más que una contínua orgía, una monstruosa, gigantesca y fantástica abominacion, por entre ella, ya perteneciese á su madre,

ya á los esclavos asiáticos que le rodeaban, dejóse traslucir grave y elevado pensamiento: el sacerdote de Emeso no sólo había llevado á Roma un dios para ella desconocido, lo cual no era nuevo; no sólo le honró con públicas y solemnes ceremonias, sino que quiso hacer del dios Sol la única divinidad del imperio, ó por lo ménos el centro de todas las religiones en él profesadas.

Sin dejar sus habituales cánticos y sagradas danzas en honor de la divinidad de Emeso, conservando la vestimenta sacerdotal; rodeados sus brazos y su cuello de brazaletes y collares, Vario Avito, acompañando á su ídolo y seguido de su corte llegó á Roma, donde jamas se había visto lo que se vió entónces. En medio de las fiestas, espectáculos y liberalidades con que se celebraba comunmente la llegada de un emperador, vióse elevar en el monte Palatino suntuoso templo en reemplazo del antiguo de Pluton ó de la Muerte, y en él cada mañana inmolábanse hecatombes de toros y ovejas, quemábanse perfumes, vertíanse sobre el mármol ánforas de vinos exquisitos que corrían mezclados con sangre. Entre música y cantos, grupos de Fenicios con címbalos y atambores, danzaban al rededor del altar, y el emperador guiaba y presidía en persona los sagrados coros. Y más extraño aún que esto era ver sentados en gradería como en el anfiteatro á senadores y caballeros asistiendo con recogimiento y respeto á aquellas extravagancias; á los prefectos del pretorio llevando las páteras conteniendo las aromas y las entrañas de las víctimas; á los magnates del Imperio, vestidos con el holgado traje fenicio y calzados de lino como los *profetas* sírios. La imágen del nuevo dios fué colocada en la sala del Senado, dominando la estatua de la Victoria, y á aquella habían de ofrecer los senadores á su ingreso la libacion y el grano de incienso que ofrecían ántes á esta. En los sacrificios, sacerdotes y magistrados recibieron órden de nombrar ántes que á los antiguos dioses al dios Elagabal; á él hubieron de dirigirse directa ó indirectamente las preces de la humanidad. Cuantos símbolos venerados, cuantos talismanes sagrados y misteriosos existían en Roma, hubieron de ser llevados al nuevo templo, y cuéntase que el Emperador entró con violencia en el santuario de Vesta para apoderarse del temido Paladion, llevándose como tal una estatua de oro, si bien no dejó de publicarse, acaecida su muerte, que el verdadero Paladion se había salvado.

Los sacrificios humanos que Roma se envanecía si no de haber abolido de haber por lo ménos reducido en todos sus dominios á las sombras del misterio, éranle otra vez impuestos; los dioses de Oriente querían ver regados con sangre humana sus altares. Cómodo había practicado abiertamente tales sacrificios, y Heliogábalo los practicó aún con mayor rotura. Hacía que le buscasen por todo Italia niños escogidos por su belleza y cuna, y rodeado de sus adivinos orientales inmolaba aquellas tiernas víctimas á su dios Elagabal, abria sus cuerpos, y buscaba en sus palpitantes entrañas el conocimiento de lo porvenir.

Con cinco mujeres se enlazó sucesivamente el disoluto mozo en los cuatro años de reinado, entre ellas con una vestal, lo que constituia en la religion romana espantoso sacrilegio; y esta aficion matrimonial hízose extensiva al dios Sol. Locura parece, pero tales locuras, acatadas por todos, eran pretexto y ocasion de fiestas, de exacciones y orgías. Al dios que trajera de Siria quiso el Emperador casarle; dióle primeramente por mujer el ídolo de oro que había arrebatado al santuario de Vesta; mas luego cayó en la cuenta de qué aquella esposa con yelmo y coraza era asaz belicosa para la oriental molicie, y solicitó en casamiento la vírgen celeste de Cartago, la Astarté fenicia trasladada á África por Dido. Asia y África, el Oriente y el Occidente, el Sol (Elagabal) y la Luna (Astarté) habían de unirse en la ciudad de Roma. Mandóse por la novia, y no sólo la arrancaron á la veneracion de los Africanos, sino que todo el oro de su templo fué llevado á Italia á título de dote. A todos los pueblos del Imperio exigiéronse ofrendas para el dios, á fin de honrar el enlace, el cual se verificó con las más extrañas ceremonias y la más desenfrenada pompa. Extramuros de Roma levantóse un templo que fué considerado como la quinta de los divinos consortes, y cada año dejaban éstos su morada del Palatino para pasar á ocuparla. Llegado que era el dia de la partida, colocaban en ostentoso carro tirado por seis caballos la negra y cónica piedra; como mortal alguno podia estar junto al dios, él mismo empuñaba las riendas, es decir, que eran arrolladas al rededor del sagrado cono; y el emperador, vestido como una mujer y lleno de afeites, colocábase, cantando y bailando, delante de los caballos y teniéndolos por la brida marchaba de espaldas sin apartar los ojos de la divinidad. Rodeábanle magnates y soldados velando por el tiro y por él; dorada y menuda arena cubría el camino, y el pueblo, agitando antorchas, derramando flores, miraba pasar ó seguía el cortejo del cual formaban parte, acompañando á la gran deidad, todos los atributos de los demas dioses y cuantos talismanes y magnificencias encerraba el palacio imperial. Concluida la sagrada ceremonia, subía Heliogábalo á elevada torre para este objeto construida, y desde allí arrojaba al pueblo copas de plata y oro, preciosas telas y hasta animales, así domesticados como silvestres.

El fin de tanta extravagancia y de corrupcion tanta había de ser una trágica muerte, y el sacerdote del Sol no lo ignoraba. Con objeto de que fuese digna de él y fastuosa, había preparado para el caso de tener que estrangularse ricos cordones de seda y oro; tenía dispuestas espadas de oro para atravesarse el pecho; en frascos formados por esmeraldas ú otras piedras preciosas había encerrado activos y venenosos filtros; y finalmente, al pié de alta torre de su palacio había mandado formar un pavimento de rico mosaico en oro y pedrería, por si no le quedaba

más recurso que precipitarse de lo alto para evitar el suplicio. Con tales preparativos pensaba el pobre loco evitar la suerte que tuvieran muchos antecesores suyos, y exhalar entre esplendor y fausto el último suspiro. Y se engañó.

«¿Es sueño ó realidad lo que refiero? pregunta interrumpiéndose al llegar aquí el autor de quien hemos tomado varias de las noticias que preceden. No es sueño, no, contesta, por más que á nosotros, cristianos, tal parezca por no saber todavía lo que puede dar de sí la extrema cultura unida á un poder inmenso y á la abdicacion completa de toda doctrina moral. Si nuestros nietos llegan á ver á la culta Europa emancipada de la ley de Jesucristo, á ellos será dable comprender el reinado de Heliogábalo.» (Champagny).

Para librarse de la amotinada soldadesca pretoriana, Heliogábalo que en la ocasion crítica no tuvo á mano sus lazos corredizos, ni sus filtros para darse la muerte, ocultóse en el lugar más ínfimo del campamento; abrazados madre é hijo murieron los dos, debiendo á hachazos separar sus entrelazados cuerpos. El de Heliogábalo fué arrastrado por las calles de Roma y arrojado al Tiber. Un primo suyo, por nombre Alexino, tambien sacerdote en Emeso del dios Elagatal junto con Vario Avito, fué aclamado por las legiones, y ciñó la diadema imperial con el nombre de Alejandro Severo.

Durante su reinado, uno de los mejores del Imperio gentílico, la sagrada piedra fué devuelta á Emeso. En sus cercanías la invocó el emperador Aureliano, hijo de una sacerdotisa del dios, al marchar contra la famosa Zenobia, la cual imperaba en el vasto territorio que se extiende del Mediterráneo al Éufrates (año 272 de J. C.). Empeñada recia batalla en aquellos campos, apareciose el dios (no se dice en qué forma) á los Romanos para alentarlos, á los enemigos para sembrar entre ellos el terror; y cuando hubo alcanzado victoria y Zenobia fué arrollada hasta Palmira, Aureliano entró en Emeso, se dirigió al templo, reconoció al dios que se le apareciera en la pelea y le colmó de ofrendas. Tomada Palmira, concluida la campaña y de regreso Aureliano en Roma en donde entrara rodeado de ostentoso triunfo, no quiso mostrarse ingrato con la deidad á quien atribuía sus victorias, y elevó al dios Sol-Elagabal un templo más soberbio y gigantesco que el construido en tiempo de Heliogábalo. Era el edificio á la usanza oriental, y estaba con profusion adornado de imágenes, tapices, pedrería y mil objetos preciosos aprontados por los vencidos. A este templo, en el cual, segun Zósimo, había 15.000 libras de oro, se atribuían las majestuosas ruinas que hace tres siglos se veían todavía en el Quirinal.

La religion de la divinidad llamada por Aureliano el más cierto de todos los dioses, llegó á su apogeo en tiempo de Diocleciano para ser en breve sofocada por el triunfante cristianismo. El apóstata Juliano quiso ponerla otra vez en uso, y llamóse á sí propio lugar teniente del Sol, supremo rey del imperio celeste.

Cariñosa hermana de Helios es Eos ó la Aurora; al dejar aquel el lecho, sube ella á un dorado carro tirado por dos caballos más blancos que la nieve. Trazan las ruedas en el aire ligero surco de púrpura matizado de oro y azur, y al llegar la diosa á las diáfanas puertas del Oriente, ábrelas con sus dedos de rosa. Detenida sobre una nube, pudiéndose leer la impaciencia en sus miradas, aguarda la llegada de su hermano; en breve, en medio de la armonía de las celestes esferas, oye los relinchos de la fogosa cuádriga; palpita su corazon de placer, y cuando entre inflamado vapor divisa á los ardientes corceles, y luego á su hermano que con su mano inmortal sostiene las deslumbrantes riendas, la hija de Hiperion se estremece toda; derraman sus ojos lágrimas de ternura, y recogiéndolas en sus alas los Zéfiros, rocían con ellas las flores.

Fig. 99.—Los Aurora conduciendo los caballos del Sol. (Piedra grabada antigua).

Representábanla con magnífico ropaje de deslumbrante color y con una antorcha en la mano: unas veces

Fig. 100.—La Aurora. (Cuadro de Thorwaldsen).

cuidando de los caballos del Sol y otras en su propio carro de color de fuego. Pintáronla tambien con grandes alas, volando y arrojando rosas á la tierra, acompañada de su hijo la Estrella de la mañana.

El brillo incomparable de la Aurora, su frescura

siempre renaciente, los cortos y pasajeros instantes en que llena de alborozo á la naturaleza, tenían en los mitos helénicos figurada expresion. Eos, la hermosa deidad objeto de admiracion para el cielo y la tierra, es veleidosa vírgen que se enamora de cuanto es jóven y brillante como ella, pues decíase que celosa Vénus por el cariño que descubrió entre Aurora y Marte, condenóla á sentir sin tregua en su pecho los estragos del amor. Entre sus amantes fué famoso Titon, hijo de Laomedonte y hermano de Príamo; arrebatado por la diosa en su carro de rosas, unióles secretamente Himeneo en la isla de Delos. Y tanto le amaba la celeste vírgen, y tanto se complacía en su varonil belleza, que pidió á las Parcas y alcanzó para él la inmortalidad. Pero, ¡oh funesto olvido! no pidió al propio tiempo para su esposo juventud perpétua, y como los mortales en contacto con los dioses envejecen pronto, el infeliz Titon, junto á su encantadora esposa, vió llegar en breve los tristes dias de la vejez. En vano se obstinaba Eos en rejuvenecerle alimentándole con ambrosía y adornándole con refulgentes vestidos; Titon cayó en acabada decrepitud, y habiendo implorado como gran favor el fin de aquella eterna vejez, trocáronle los dioses piadosos en cigarra, bajo cuya forma canta sin cesar con voz aguda los placeres de sus fugitivas mocedades. Titon en un principio adorado, despreciado despues por su esposa Eos, dicen los autores modernos ser imágen del dia, en cuanto es este inmortal, ya que se reproduce de continuo, amaneciendo por la mañana seductor y bello, digno del amor de la florida Aurora, y siendo por la tarde triste y viejo, perdidas su fuerza y lozanía. Entre los Griegos era el nombre de Titon símbolo de la decrepitud y de la extremada vejez.

La dicha amorosa de Eos habíase desvanecido cual sombra; asimismo se agostó el objeto de su maternal cariño. De Titon tuvo un hijo, por nombre Memnon, «el más arrogante y bello, dice Homero, entre cuantos guerreros pelearon en Troya.» Ocurrida la muerte de Héctor, reunió Memnon una hueste, y corrió en auxilio de su tio Príamo; mató á Antíloco, pero á su vez cayó á los furiosos golpes de Aquiles. «Al mirar su ensangrentado cadáver, perdió la Aurora su esplendor purpúreo, y negras nubes entoldaron el cielo. Suelto el cabello, arrasados en llanto los ojos, arrójase á los piés de Júpiter y con suplicante voz le dice:—Inferior á cuantas divinidades habitan el Olimpo (por ser muy pocos los templos que me han consagrado los mortales), me presento á pediros no santuarios, fiestas ni altares en que arda en honor mio el incienso... sino que otorgueis á la memoria de mi querido Memnon, muerto en la flor de la edad, honras que puedan consolarme de su pérdida. Soberano señor del cielo, dignaos calmar el dolor de una madre.

«Júpiter oyó su ferviente súplica: luego que de la encendida pira se alzaron densos torbellinos de humo lanzando por los aires las sutiles cenizas, reuniéronse éstas y condensáronse en un cuerpo, que tomó forma y recibió del fuego el calor y la vida. Prestóle su ligereza alas; en un principio semejante á un ave, y en breve ave verdadera, Memnon agitó el aire con su vuelo, al tiempo que de igual orígen nacieron innumerables aves. Tres veces se elevaron al rededor de la pira; pero á la cuarta dividiéronse en dos bandos enemigos y, acordándose de que á un héroe debían el sér, trabaron reñida pelea; muchas, como fúnebres víctimas, murieron en honra de quien les dió la vida. *Memnonides* se llamaron, y cada año en la misma época reuníanse en aquel punto para renovar el combate, y ofrecer á Memnon el holocausto de su sangre. Aurora llora aún hoy á su hijo idolatrado, y sus lágrimas son el rocío que cada mañana humedece la tierra.» (Ovidio).

En cumplimiento del anatema por Vénus pronunciado, Eos amó despues al hermoso Céfalo, hijo de Deioneo, rey de Fócida, enamorado esposo de Procris, hija de Erecteo, soberano de Atenas. Así cuenta la trágica aventura el mismo Céfalo: «Dos meses habían transcurrido desde nuestro himeneo, y por dichoso me tenían todos. ¡Dichoso, sí, lo era, y á haberlo permitido los dioses, lo sería aún! Cierto dia en que preparaba los lazos en que habían de caer los ligeros ciervos, la Aurora de rosados dedos y coronada de flores, al arrollar las tinieblas delante de su carro, vióme desde lo alto del Hymeto, y á pesar mio me llevó consigo. ¿Podré decir la verdad sin ofensa de la diosa? Es cierto que rosas ciñen su frente, que precede al dia y vence á la noche, que el néctar es su ordinaria bebida, pero mi amor pertenecía á Procris; Procris llenaba todo mi corazon, y su dulce nombre no se apartaba jamas de mi memoria. Alegué los derechos del himeneo, los recientes transportes de nuestro amor, la fé de aquel cariño virginal, é irritada la diosa por mi resistencia exclamó:—¡Cesa, ingrato! ¡ama á Procris en mala hora; dia vendrá que quisieras no haberla conocido!—Y me despidió de su presencia.

«Las palabras de la diosa encendieron en mi pecho el tormento de la sospecha: la belleza de Procris, sus pocos años la robustecían, por más que su virtud la hiciese monstruosa. Resuelto á ponerla á prueba, mudé el semblante, usando del funesto don que me otorgara la Aurora, y al llegar á la ciudad de Minerva, nadie habría sido capaz de conocerme. Ya en mi palacio, apelé á varios ardides para llegar hasta la hija de Erecteo, y cuando al fin pude verla, tentaciones me dieron de renunciar á mi proyecto, y declarándole la verdad de arrojarme en sus brazos. No lo hice, y me perdí.

«En un principio fueron mis ataques absolutamente rechazados, y á mis instancias amorosas respondía:—A uno solo pertenezco; en él únicamente, hállese donde se halle, tengo cifrada mi felicidad.—¿Qué hombre razonable no habría visto en este lenguaje suficiente prueba de fidelidad? Insensato, no supe contentarme con él y redoblé mis ruegos y ofrecí tesoros, hasta que al fin pareció-

me que la infeliz vacilaba. Entónces, furioso por ver posible lo que con tanto empeño procurara, exclamé:—Mírame, soy Céfalo. Bajo las apariencias de un adúltero ocúltase en mí al verdadero esposo, y yo mismo ¡pérfida! he podido ser testigo de tu traicion.—Procris nada contesta; su vergüenza la deja sin voz, y á poco huye de un esposo infame y de un palacio mancillado. Extendiendo á todos los hombres la aversion que mi conducta le inspiraba, llevó vida errante por los montes entregada á los ejercicios de Diana.

«Celebraba Eos su estratagema y tenía por cierto reemplazar á Procris en mi corazon, pero no contaba con que Diana había de disponerlo de otro modo. Regalando á mi esposa un perro, al cual no escapaba jamas la caza, y el inevitable dardo que veis en mi mano, y mudando su semblante, hizo que intentase conmigo la misma prueba

Fig. 101. – Procris y su perro. (De un camafeo antiguo).

que con ella hice. Sabiendo mi pasion por la caza ofreció traer en dote perro y dardo, y rendido le ofrecí mi mano. Recobró entónces el bello rostro que le era natural, y asombrado caí á sus piés pidiéndole perdon. Procris vuelve á mis amantes brazos, y nuestros dias transcurrieron dulcemente iluminados por el amor y la concordia.

«Venturosos vivíamos, y nuestros corazones ardían en un solo deseo, el de amarnos. Cada mañana, así que doraba el sol la cumbre de nuestros montes, salía á caza sin otra arma que el certero dardo, y corría las selvas hasta que, fatigado de dar muerte á fieras y alimañas, sentábame en dulce sombra suspirando por las caricias del Zéfiro morador del profundo valle. Extenuado de calor invocaba la bienhechora Aura, y recuerdo que tenía por costumbre cantar:—Ven, Aura deliciosa, ven como siempre á aliviar mi pena y á reparar y reanimar mis fuerzas, dejándome respirar tu seductor aliento.—Estas ambiguas palabras fueron oidas por quien, creyendo ir dirigidas á una ninfa objeto de mis amores, las transmitió á Procris, acusándome de infiel. El amor es crédulo, y la infeliz, agobiada de dolor, se desmayó. Al recobrar los sentidos deshízose en llanto como si tuviera en efecto una rival; sin embargo, en su infortunio dudaba todavía, y sin verlo con sus propios ojos no podia creer en la infidelidad mia.

«Al dia siguiente, al asomar el alba marché al campo, y algunas horas despues, cansado de la caza, tendíme sobre el verde césped.—Ven, Aura deliciosa, dije, ven como siempre á aliviar mi pena.—Parecióme que profundos suspiros acompañaban mi canto, pero añadí:—Deja que respire tu seductor aliento.—Entónces ví moverse el inmediato follaje, y creyendo que en él se ocultaba una fiera, lancé allí el dardo fatal... Un grito de dolor me anuncia mi yerro y mi desgracia: descolorido y tembloroso separo las ramas que me ocultaban mi víctima, y recibo en mis brazos á mi amante esposa con el pecho traspasado por la misma arma de que su amor me hiciera ofrenda. Con voz moribunda me dice:—Céfalo, en nombre del acendrado amor que causa mi muerte, por los sagrados derechos de nuestro himeneo, por los dioses del cielo y de los infiernos, no permitas, no, que esa Aura, á cuyo solo nombre me estremezco, ocupe nuestro tálamo!—Al oir esto, comprendiendo su funesto error, deshíceme en protestas de cariño; pero ¡ay! con su sangre perdió el resto de vida que le quedaba; en mi seno murió, y al recoger mis labios su postrer aliento pareció que para ella disminuía la pena del morir.» (Ovidio).

Con abundante llanto concluyó Céfalo el triste relato, y añadía la fábula que, devorado de afliccion, arrojóse al mar desde el promontorio de Leucade.

Cuéntase acerca del perro, por nombre Lélapo, regalo de Diana á Procris, que irritada Témis por haber sido descifrados por Edipo los impenetrables enigmas de la esfinge, suscitó contra Tebas una fiera que sembró el terror entre pastores y rebaños. En vano habíanla perseguido atrevidos cazadores, hasta que Céfalo soltó contra ella su perro, el cual partió como el rayo siguiendo su pista; «nunca flecha alguna, dice Ovidio, voló tan ligera de un arco cretense.» Ya la alcanza, ya se precipita contra ella, cuando perro y fiera quedan convertidos en piedra.

CAPÍTULO VII.

LAS MUSAS.

Divinidades de la memoria. – Primitivo culto de las Musas.—Poetas del Helicon.—Nacimiento de las Musas. – Sus nombres.—Variantes en su religion.—Las Musas fueron en un principio divinidades de las aguas. – Tuvieron el don de profecía.—Sus santuarios más famosos. —El Parnaso.—El Helicon.—Fuente de Castalia.—Fuente de Hipocrene.—*Muscos*.—Atributos particulares de las Musas.—Clio.—Euterpe.—Talía.—Melpómene.—Terpsícore.—Erato.—Polimnia.—Urania.—Calíope.—Las Musas en el palacio de Pirene.—Las hijas de Piero, rey de Macedonia, son convertidas en Urracas.—El músico Tamyris.

Los regalados ocios de la olímpica existencia adquieron nuevo embeleso con el canto de las Musas, las cuales «en los festines de los inmortales, dice Homero, dejan oir alternativamente sus melodiosas voces acompañadas por la cítara de Apolo.» Escasas noticias nos proporcionan acerca de estas deidades los poemas homéricos, y el poeta parece invocarlas especialmente como divinidades de la memoria. Al principio del poema llámalas en su auxilio para no olvidar á ninguno de los caudillos griegos; ruégales despues que le digan cuál era el más valeroso entre todos, y en el canto undécimo interrumpe la relacion de una batalla, como si le faltara de pronto la memoria, para dirigirse á las Musas y saber por ellas el nombre del héroe que fué el primero en oponerse á Agamenon. Sabedoras hasta en sus más pequeños pormenores de los acaecimientos pasados, suplen las Musas para el poeta los vacíos de la tradicion y la flaqueza de la memoria humana. Hijas de Zeus, participan las Musas de la ubicuidad y sabiduría del soberano de los inmortales. «Diosas sois, exclama el poeta, que lo veis todo, que lo sabeis todo, al paso que á nosotros, sumidos en la ignorancia, sólo por la voz de la Fama llegamos á tener noticia de las cosas.» Así, pues, para Homero limítase el carácter de las Musas á esa ciencia universal; no son todavía personas dotadas con atributos distintos, componen un coro ilimitado é indeterminado, y su número no se ha fijado aún.

La religion de las Musas, originaria de Tracia, ó mejor, de las comarcas inmediatas al Olimpo tesalio, es probable que se constituyera de un modo definitivo en Beocia, junto al Helicon, donde, en efecto, databa su culto de muy remota antigüedad. Sea como fuere, los poetas heliconios, cuyo representante es para nosotros Hesiodo, revistieron á esa religion de la forma con que ha llegado hasta nosotros, y la invocacion que precede á la *Teogonía* bien claro dice que la poesía de Helicon se pone bajo la inspiracion inmediata de las divinidades que allí moraban. «Las diosas, dice el poeta, me han ordenado celebrar la estirpe de los felices inmortales y ensalzarlas á ellas al principio y fin de mis cantos.» Y esto explica como todas las composiciones teogónicas ó heróicas de los poetas del Helicon iban precedidas de un himno en loor de las Musas y concluían con algunos versos á las mismas consagrados.

Segun la *Teogonía*, Mnemosina, una de las numerosas divinidades del mundo titánico, hija del Cielo y de la Tierra, personificacion de la Memoria, y por ella impuesto el nombre á todas las cosas, unióse con Zeus, que se le presentara bajo el disfraz de pastor. A él habían pedido los dioses con gran instancia, luego despues de